

NUNCA TE HAS IDO

Javi Montes, S.J.

Detrás de mis planes
por encima de mis frustraciones
al hondo de mis sueños y deseos
tras mi autoimagen exigente
y antes que los primeros recuerdos
más al centro que mi propio ser
...estás Tú dándote.

Mi primer aliento fue tuyo
mi cuerpo tiene las huellas de tus
dedos
mi primer latido llevaba tu sangre
y mi primer deseo es permanecer
a tu lado.

Y aunque a veces no te siento
y hasta llego a dudar
que todo fuera mentira,
cuando menos lo espero
descubro que nunca te has ido.

✠ **Los curas chinos de La Caridad**
Por Lázaro Numa Águila

✠ **Ensanchar la mirada para acoger
el misterio que nos salva**
(Juan 1, 1-18)
Por David Pantaleón, S.J.

✠ **La Semana de Oración por la
Unidad de los Cristianos**
Por P. Arturo Vides

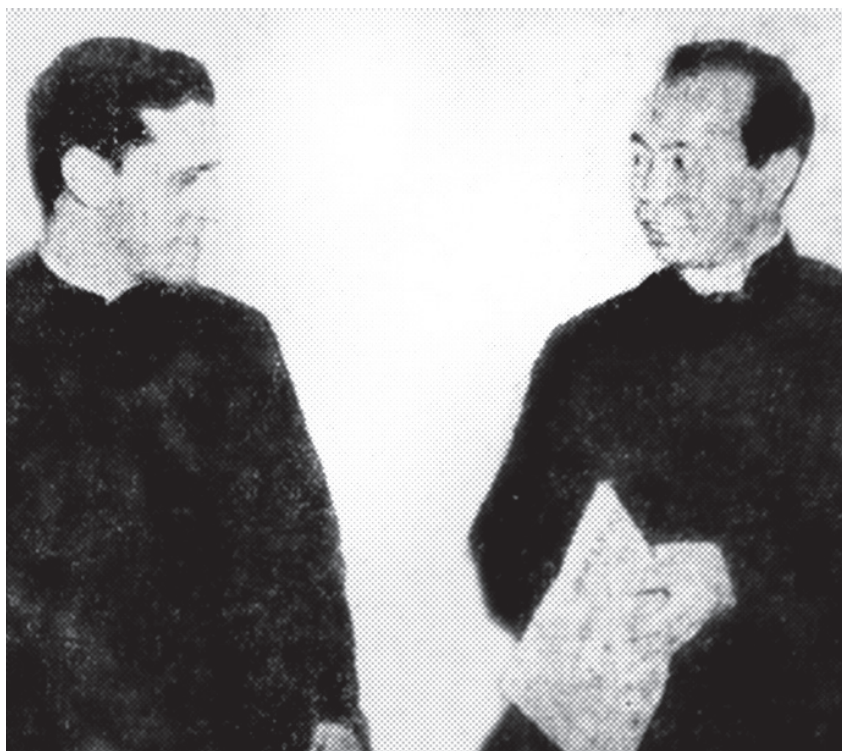
SANTORAL

L 6 Epifanía del Señor / **M** 7 San
Reimundo de Peñafort / **Mi** 8 San
Apolinar / **J** 9 San Eulogio de Córdoba /
V 10 San Gregorio de Nisa / **S** 11 San
Higinio



Los curas chinos de La Caridad

Por Lázaro Numa Águila



Corrían los años en que monseñor Eduardo Boza Masvidal fungía como párroco de la iglesia de Nuestra Señora de la Caridad de La Habana, beneficio otorgado en 1948 por mons. Manuel Arteaga Betancourt, entonces arzobispo de La Habana.

La popular parroquia se encuentra emplazada en el corazón del barrio chino, donde existía una abundante población de inmigrantes de esa nacionalidad. Algunos de ellos ya se habían aproximado y convertido al catolicismo, formando parte de la comunidad. También existía un número considerable de descendientes, frutos de las uniones entre asiáticos y cubanas. La miseria y el hacinamiento predominaba entre los chinos que residían allí: la mayoría moraba en cuarterías del entorno.

Monseñor Boza mostró una profunda preocupación por esa población y pensó en la posibilidad de integrarla a la comunidad, sobre todo para poder ayudarlos de la mejor manera. Dos cuestiones le resultaban complejas al hombre que llegaría a ser nombrado, el 15 de mayo de 1960, obispo auxiliar de La Habana y, posteriormente, rector de la Universidad Católica de Santo Tomás de Villanueva: la barrera del idioma y el aislamiento característico de los miembros de esa comunidad.

De alguna forma, el párroco convenció al converso José Manuel Chui-Lian, caballero católico de la Unión de la Caridad, que dominaba el cantonés, y a otros que eran miembros de Acción Católica para que lo ayudaran en el empeño. Estos fueron los primeros pasos del padre que en breve tiempo comenzaron a dar algunos resultados.

Insatisfecho con lo logrado y enterado de la existencia en Cuba de sacerdotes franciscanos chinos, Boza medió para que estos brindaran atención espiritual a sus paisanos, aunque no fue de forma permanente. Entrevistado por el periódico *El Mundo*, monseñor expresó: “(...) he mantenido el deseo de contar aquí, de manera fija, con un sacerdote capaz, por su nacionalidad, de entenderse directamente con esta Colonia China que es parte de mi feligresía. De esta manera, hablando la propia lengua, se salvan distancias; conociendo las costumbres, se sirve mejor (...)”. Gracias a su tenacidad, fueron asignados a la parroquia el padre Wang y el padre Li, dos sacerdotes chinos.

Cumplido el viejo anhelo, monseñor emprendió otros empeños. Logró un local fuera de la parroquia donde los padres Wang y Li se reunían con los fieles chinos. Incorporaron a la escuela parroquial a infantes que formaban parte de la comunidad asiática y, como colofón, logró también que los sacerdotes Wang y Li extendieran sus servicios hasta el asilo de chinos que existía en el barrio habanero de Jacominos.

Cuando uno entra a misa hoy a la Basílica Menor de Nuestra Señora de la Caridad, en Centro Habana, y descubre entre los asistentes algunos ojos achinados o rasgados, inmediatamente piensa en la forma inteligente de evangelizar utilizada por monseñor Eduardo Boza Masvidal, lo que ha permitido que aún se pueden encontrar, dentro de la feligresía, descendientes de esa comunidad y la traza de su esfuerzo.

Ensanchar la mirada para acoger el misterio que nos salva (Juan 1, 1-18)

Por David Pantaleón, S.J.



La Iglesia primitiva recurrió con frecuencia al lenguaje poético para expresar los misterios de la fe, buscando comunicar una experiencia desbordante. Así sucedió con este prólogo del evangelio de san Juan que intenta acercarnos, con imágenes llenas de belleza, a lo más alto del misterio trinitario.

Marcos, el primero de los evangelistas, había comenzado a contarnos la historia de Jesús recordándonos sus orígenes en el grupo del Bautista. Mateo y Lucas, que escriben después, nos acercan a los orígenes de Jesús mostrándonos su infancia. Luego viene Juan, el último de los evangelistas, que nos invita a abrirnos a una mirada más grande, pues Jesús viene de más lejos, es Dios que se ha hecho carne para quedarse con nosotros.

Pues resulta, nos recuerda Juan, que el Dios grande y poderoso, el Dios creador, el Dios de los ejércitos, ese Dios a quien nadie ha visto nunca, decidió plantar su tienda entre nosotros. Nos dice la teóloga Dolores Aleixandre que el verbo “acampar” que elige Juan en su prólogo evoca un mundo de imágenes muy concretas: acampar es muy distinto de instalarse, de residir, de asentarse. El que acampa no se protege con puertas blindadas ni con alarmas; su única defensa consiste en confiar en que su misma debilidad y pobreza le cuidarán de cualquier codicia.

Alguien ha venido a vivir así entre nosotros. No va a imponer nada, no va a ejercer la fuerza de su señorío ni a tomar posesión de nuestra tierra con violencia. Le oiremos decir: “Si quieres...”, “si alguno quiere venir conmigo...”, “estoy a la puerta y llamo; si alguien me abre...”. Ha venido a salvar atrayendo por fascinación, exponiéndose a ser rechazado, respetando y defendiendo la libertad de todos.

Sabremos que es él, porque la caña casi rota y doblada se enderezará entre sus manos; porque su aliento conseguirá que, de la mecha que se apagaba, vuelva a brotar una llamita. No gritará ni se impondrá con violencia, pero las fuerzas del mal se someterán a su autoridad y alguien reconocerá con asombro: “Tú tienes palabras de vida eterna”.

Jesucristo es la Palabra definitiva de Dios a la humanidad. Es una Palabra asequible y cercana, porque no se ha encerrado en un castillo lejos de su pueblo, sino en la tienda de campaña de esta humanidad itinerante y peregrina. La Buena Noticia de la salvación se nos ha revelado ya toda entera, con toda su luz en el humilde nacimiento de Jesús. ¡Ensancha la mirada! No hay otro camino. La vida verdadera, la que no acaba, sigue brotando en la fragilidad desde el margen y no conoce los mecanismos del poder y la violencia.

Que la Sagrada Familia de Nazaret nos inspire y nos guíe en este camino de amor y fe.

Amén.



Orando en la semana

- D** 5: Sir 24, 1-2.8-12/ Sal 147, 12-13.14-15.19-20 / Ef 1,3-6.15-18/ Jn 1, 1-18
- L** 6: Is 60, 1-6 / Sal 71,1bc2.7-8.10-11.12-13 / Ef 3,2-3a.5-6/ Mt 2,1-12
- M** 7: 1Jn 3,22-4,6 / Sal 2,7-8.10-12a/ Mt 4,12-17.23-25
- Mi** 8: 1Jn 4,7-10/ Sal 71,1-2.3-4ab.78/ Mc 6,34-44
- J** 9: 1Jn 4,11-15/ Sal 71,1-2.10-11.12-13/ Mc 6,45-52
- V** 10: 1Jn 4,19-5,4/ Sal 71, 1-2.14.15bc.17/ Lc 4,14-22a
- S** 11: 1Jn 5,5-13/ Sal 147,12-13,14-15.19-20 / Lc 5,12-16

La Semana de Oración por la Unidad de los Cristianos

Por P. Arturo Vides



En un mundo cada vez más fragmentado, la Semana de Oración por la Unidad de los Cristianos es un llamado a la reconciliación. Este evento anual, que se celebra la próxima semana, tiene sus raíces en las palabras de Jesús recogidas en el Evangelio de San Juan: “Padre, te ruego por ellos, para que sean uno, como tú y yo somos uno, para que el mundo crea” (Jn. 17, 21).

Esta semana es un testimonio del anhelo de unidad que ha persistido a lo largo de los siglos. Desde las antiguas liturgias orientales y occidentales hasta las iniciativas ecuménicas modernas, la Iglesia nunca ha dejado de orar por la unidad. Pero fue en el contexto de las divisiones que marcaron la historia del cristianismo cuando esta oración se convirtió en una necesidad urgente.

El Concilio Vaticano II marcó un punto de inflexión al afirmar que la oración por la unidad es “el alma de todo el movimiento ecuménico”. Esto dio un nuevo impulso a la Semana de Oración, que en los años posteriores vivió

un período de esplendor. Los templos se llenaban, los predicadores intercambiaban púlpitos, y el entusiasmo por el ecumenismo era palpable.

Hoy, aunque el fervor inicial puede haber disminuido, la importancia de esta semana permanece intacta. No se trata de una mera tradición, sino de un tiempo donde los aspectos fundamentales de la Iglesia se ponen ante el Señor. Es un momento en el que la obediencia a Cristo respecto a la unidad se transforma en oración humilde y esperanzada.

Debemos reconocer que la unidad es tanto una tarea humana como un don divino. Mientras los teólogos y líderes eclesiales trabajan en el diálogo doctrinal, todos los cristianos estamos llamados a participar en el misterio de la unidad a través de la oración.

La estructura flexible de la semana permite su celebración en diversos contextos, desde grandes catedrales hasta pequeñas comunidades religiosas. Los textos y esquemas preparados por equipos ecuménicos ofrecen una base común, pero la verdadera riqueza reside en cómo cada comunidad los adapta y vive.

A pesar de los avances logrados, como la Declaración Conjunta Luterano-Católica sobre la Doctrina de la Justificación por la Fe en 1999, el camino hacia la unidad visible, sigue siendo largo. Sin embargo, la Semana de Oración nos recuerda que no estamos solos en este viaje y que el Espíritu Santo guía a las iglesias hacia la unidad que Cristo desea.

Que esta Semana de Oración sea un tiempo de renovación espiritual para todas las iglesias en Cuba. Que sea un momento para recordar que, más allá de nuestras diferencias, somos todos parte del Cuerpo de Cristo. Y que sea un paso más en el camino hacia la unidad por la que Jesús oró.